

sobre sus cabezas. El terror y el fanatismo son sus únicos elementos de gobierno. Veinticinco años hace por lo ménos que se halla en quieta y pacífica posesion de su cacicazgo, y ni él, ni sus llamados generales, ni sus súbditos han dado ningun paso para salir de la barbárie, á pesar de que su proximidad á Belice y su constante comunicacion con aquella colonia, debieran haberles hecho conocer las ventajas de la civilizacion.

Tal habría sido la suerte de Yucatan, si la insurreccion indígena hubiése triunfado en toda la península; y esta sola consideracion bastaría para que fuese condenada, no solo por la generacion actual, á quien podrían afectar las pasiones del momento, sino hasta por la mas remota posteridad.

CAPITULO I.

1847.

Primeros caudillos de la sublevacion indígena.—Su carácter y sus tendencias.—Se descubre la conspiracion ántes de que estalle.—Prision de Manuel Antonio Ay.—Su causa.—Es ejecutado en Valladolid.—Impresion que este suceso causa en los indios.—Se ordena la aprehension de Jacinto Pat y Cecilio Chí.—Causas que la impiden.—El último inicia la insurreccion asesinando fria é inhumanamente á todos los habitantes blancos de Tepich.—Represalias en Tihosuco.—Pronunciamiento de D. José D. Cetina en Tizimin.—Se somete al gobierno en virtud de las circunstancias.—Honda sensacion que causa en toda la península la noticia del levantamiento de los indios.—Los partidos de Méndez y Barbachano se reconcilian aparentemente y se celebra este suceso en Mérida con manifestaciones públicas y estrepitosas.

Entre los individuos de la raza indígena pura, que se habían familiarizado con el uso de las armas en las convulsiones intestinas de la península, se distinguían en primera línea Manuel Antonio Ay, Cecilio Chí y Jacinto Pat. El primero era cacique de Chichimilá, el segundo de Tepich, y el tercero de Tihosuco. Aunque los dos primeros habían concurrido con los indios de sus respectivos caci-

cazgos á la sangrienta jornada del 15 de Enero, el gobierno emanado del motin de Campeche, no se había atrevido á castigarlos, porque habían contribuido con sus servicios al triunfo de la revolucion. Acaso esta impunidad los alen-
tó desde luego á tramar la conspiracion que debía llenar de sangre y de ruinas al Estado, y encontraron un poderoso apoyo en Bonifacio Novelo, el mas feroz de los asesinos de Valladolid, que con unos cuantos de los suyos, vivía en los bosques, sustraído de la obediencia del gobierno.

Ninguna dificultad encontraron estos jefes para extender el hilo de la conjuracion en las regiones del Sur y del Oriente, porque el carácter reservado é hipócrita del maya se presta admirablemente á esta clase de empresas, y porque la zizaña se sembraba en un terreno ávido de producir. A pesar del misterio en que estuvieron envueltos los primeros pasos de los conspiradores, son conocidos ya algunos detalles que no dejan de tener importancia para juzgar del verdadero origen y tendencias de la sublevacion.

A diez y seis leguas al N. E. de Tihosuco, y otras tantas poco mas ó ménos de Valladolid, existía un rancho denominado *Xihum*, cuya fundacion databa acaso de los tiempos anteriores á la conquista, á juzgar por los corpulentos árboles que sombreaban su recinto. Su situacion le permitía estar á cubierto de la vigilancia de las autoridades, las cuales solo tenían probablemente una noticia vaga de su existencia, porque se asegura que allí no había ni iglesia ni cruz, ni ninguna otra señal de haber sido dominado permanentemente por los blancos. El lugar no podía ser mas adecuado para el objeto que se habían propuesto los conspiradores indios, y en él se reunieron por primera vez para tratar de la insurreccion de su raza. Asistieron á este conciliábulo Manuel Antonio Ay, Cecilio Chí y otros varios indios de las poblaciones de aquella co-

marca. Ignoramos si tambien concurrió Jacinto Pat, quien mas bien pasaba en aquella época por partidario de D. Miguel Barbachano, y si desde entónces se concibió el plan que mas tarde debía desarrollarse; pero testimonios que consideramos dignos de todo crédito, nos han revelado el programa que cada uno de los tres caudillos que acabamos de nombrar, tenía en el momento de estallar la insurreccion indígena, y el cual basta para dar á conocer su carácter.

Cecilio Chí era sin disputa alguna el mas sanguinario de todos, y los sucesos que debemos referir en adelante, vendrán muy pronto á confirmar este juicio. Su programa consistía en exterminar á todos los individuos que no perteneciesen á la raza indígena pura, con el objeto de que los descendientes de los mayas se quedasen dueños absolutos del país de sus mayores. Manuel Antonio Ay creía que no se necesitaba derramar tanta sangre para alcanzar el mismo objeto, y opinaba que los indios podían desembarazarse de sus enemigos, expulsándolos á todos de la península. Las aspiraciones de Jacinto Pat eran ménos innobles, porque aunque aspiraba al dominio de su raza sobre las demás, no era con el objeto de exterminarlas ó de expatriarlas, sino con el objeto de sustituir á los blancos en el gobierno del país.

Cualesquiera que fuesen estas diferencias que solo podían presentar alguna dificultad en la hora del triunfo, todos los jefes se pusieron muy pronto de acuerdo en la insurreccion, y desde entónces comenzaron á hacer sus preparativos. Cartas y emisarios circularon en distintas direcciones; pero como si la providencia hubiese querido dar al hombre civilizado el tiempo que necesitaba para prepararse á luchar contra la barbárie, quiso que algunos hilos de la conspiracion fuesen descubiertos, momentos antes de que estallase.

D. Miguel Gerónimo Rivero, propietario de la hacienda Acambalam, situada á diez leguas de Valladolid, fué el primer blanco á quien llamó la atención el movimiento inusitado en que habían entrado los indios de la comarca, desde los primeros días del mes de julio. Numerosos grupos que conducían provisiones de boca, pasaban sin cesar por aquella finca y tomaban en seguida el camino de la hacienda Culumpich, propiedad y residencia ordinaria del cacique de Tihosuco, Jacinto Pat. Deseoso Rivero de averiguar la causa de aquella acumulación de víveres, envió á Culumpich á un criado suyo, el cual volvió pocos días después, trayendo noticias del gran suceso que se preparaba. Dijo que había encontrado en aquella finca una concurrencia extraordinaria de indios: que se hablaba entre ellos de una gran sublevación que debía estallar próximamente; y que contaban para llevarla á efecto con un buen número de escopetas que acababan de desembarcar en el rancho Tzal, procedente de Belice. Alarmado Rivero con estos pormenores y con el paso de un nuevo grupo de trescientos indios que llevaba víveres á Culumpich, salió precipitadamente de Acambalam con su familia y se presentó en Valladolid ante el jefe político y comandante militar del departamento, D. José Eulogio Rosado, dándole cuenta de todos los informes que había recogido.

Una revelación semejante, que tuvo lugar por la misma época en el pueblo de Chichimilá, vino á sacar á la raza blanca de la confianza imperturbable en que vivía, en el cráter mismo del volcán. Un día en que Manuel Antonio Ay bebía aguardiente en unión de otros indios en la tienda del juez de paz D. Antonio Rajón, aquel dejó caer sobre una mesa su sombrero de paja, en los momentos en que comenzaba á perder la razón á consecuencia de la embriaguez. El juez de paz descubrió en

el fondo de este sombrero una carta y se apoderó de ella, á pesar de que Ay le amenazaba con su venganza, si llegaba á descubrir el secreto que encerraba. Estas palabras misteriosas avivaron la curiosidad de Rajón, y no tardó en imponerse del contenido de aquella carta, al pie de la cual se leía la firma de Cecilio Chí. A pesar de la incorrección con que estaba escrita, traslucíase en su tosco lenguaje la insurrección que se preparaba y los medios de que debía echarse mano para acometer la empresa, ántes de que la aprehensión de los jefes evitase su explosión (1). Rajón, lo mismo que Rivero, corrió inmediatamente á Valladolid, y puso en las manos del jefe político el documento que acababa de sorprender.

D. Eulogio Rosado, después de participar todos estos incidentes al gobernador provisional, D. Domingo Barret, comenzó á dictar las disposiciones necesarias para aprehender á los culpables que se hallaban bajo su jurisdicción, y evitar, si era posible, que estallase el movimiento. Mandó á Chichimilá una fuerza, la cual se apoderó de Manuel Antonio Ay y de otros tres indios de apellido Pue; y el cateo que se verificó en la casa del primero, hizo nuevas revelaciones que no dejaron duda ninguna respecto de la conspiración. Entre varios documentos que se encontraron allí, figuraba una carta dirigida á Bonifacio No-

(1) He aquí el tenor literal de esta carta, que por más de un título merece ser transmitida á la posteridad: "*Tepich, Julio de 1847.*—Sr. D. Manuel Antonio Ay.—Muy Señor mi amigo, hágame Usted favor de decirme gatos pueblos hay avisados para el caso, para que usted me diga gando—Item quiero que usted me diga si es mejor mi intento es atracar á Tihosuco para que tengamos toda provision, hasi aguardo la respuesta para mi gobierno, me dice usted ó me señala usted el dia en que usted ha de venir acá conmigo, porque acá me están sigiendo el bulto, por eso se lo digo á usted, me arusté el favor de avisarme dos ó tres dias ántes, no dejé de contestarme no soy yo más que su amigo que le stima.—*Cecilio Chí.*"

D. Serapio Baqueiro incluye esta carta en el capítulo VI, tomo I de su *Ensayo histórico sobre las revoluciones de Yucatan.*

velo, en ese lenguaje ambiguo y misterioso que suelen emplear los conspiradores, y una larga relacion de las cuotas con que habian contribuido muchos indios de la comarca, para un objeto que no se expresaba.

El coronel Rosado sometió inmediatamente á un juicio militar á Manuel Antonio Ay y sus cómplices, porque el simple anuncio de una guerra de castas, que hacia algun tiempo era la constante pesadilla de la raza blanca, obligaba á tomar medidas extraordinarias y violentas. El cacique de Chichimilá no se atrevió á negar completamente, en vista de los documentos que se le pusieron delante de los ojos. Dijo sin embargo que la conspiracion de que se había hecho jefe, no tenía otro objeto que reducir á un real mensual la contribucion que pagaban los indios (2): que para alcanzar este fin se habían recaudado las cuotas que aparecían de la relacion encontrada en su casa, y que se había hecho depositario de la cantidad á un hombre blanco, llamado Secundino Loría. Pero éste manifestó que no solamente no había recibido tal depósito, sino que se había negado á contribuir con una cantidad con que se le cuotizó; y como las demás constancias del proceso arrojaron la luz necesaria para comprobar que Manuel Antonio Ay era uno de los caudillos principales de la insurreccion proyectada contra la raza civilizada del país, el tribunal le condenó á sufrir la pena del último suplicio. El comandante militar de Valladolid confirmó esta sentencia, y el reo fué puesto en capilla, seis dias despues de iniciada la causa.

A juzgar por una arenga que la tradicion ha conservado, Ay no solamente confesó al fin su crimen, sino que se arrepintió sinceramente de él, previendo las sangrientas consecuencias que debía acarrear á la península.

(2) Véase mas adelante en este capitulo la nota marcada con el número 6.

Habiendo alcanzado licencia para hablar con un hijo suyo de doce años de edad, que le había seguido hasta aquella antesala de la muerte, hizo que se arrodillase ante su presencia, y poniéndole las manos sobre la cabeza, le dijo que iba á morir por haber conspirado en union de otros indios contra la raza blanca: que su muerte no evitaría que estallase la guerra, cuyo resultado final era difícil de prever: que se guardase muy bien de tomar participio en ella, y que se conservase para servir de apoyo á una familia, á quien sus malos pasos iban á dejar en la orfandad. Manuel Antonio Ay pronunció estas palabras con los ojos enjutos; pero al hacer al niño algunas recomendaciones sobre su mujer y sus hijos, su habitual entereza le abandonó y un raudal de lágrimas se desbordó de sus ojos.

La ejecucion se verificó en la plaza de Santa Ana de la ciudad de Valladolid, en la tarde del 26 de Julio. Un gran número de indios de las inmediaciones concurrieron á presenciarla, y D. Eulogio Rosado se vió en la necesidad de poner sobre las armas á toda la gente de la guarnicion, por el temor de que aquella multitud, excitada con el espectáculo del suplicio, intentase cometer algun desorden ó trastorno. El cadáver del ajusticiado fué conducido á Chichimilá, donde puesto á la espectacion pública por el término de veinticuatro horas, pudo ser contemplado por todos los vecinos de la poblacion, que estaban vivamente excitados desde el momento en que tuvieron noticia de la sentencia de muerte. Esta excitacion alarmó de tal manera á las pocas familias blancas de Chichimilá, que todas, incluso el juez de paz D. Antonio Rajon, se pusieron en marcha para Valladolid, al abrigo de la escolta que había conducido los despojos mortales del cacique. Eran los primeros preludios de la formidable lucha en que iba á verse envuelta la península!

Miéntas la region oriental presentaba este aspecto